



BRENDA



ante el recuerdo de sus grandes ojos azules e inexpresivos

Xavier Robles / Facultad de Filosofía y Letras

No, Johnny, ¿quieres saber la verdad? Te lo diré con una sola palabra: miedo, bebé, miedo, pero no lo quieres aceptar porque un Mulligan nunca ha sentido temor; al menos no siente el pánico que tienes ahora que el ruido de las granadas te hace enterrar las uñas en la húmeda tierra de la trinchera. Vamos muchacho, ¿qué puedes perder? ¿La vida? Creo que desde que aceptaste venir al infierno era una posibilidad pretendidamente aceptada, ¿o no Johnny?

Quizá creas que pierdas a Brenda, pero debes ya saber que desde hace mucho tiempo, ella dejó de pensar en ti. Como no sea con desprecio, claro. Así que lo mejor sería que tuvieras el suficiente valor, aunque sea nada más para levantar el casco y mirar cómo muerden el polvo todos esos hijos de perra. Vamos, hijo, dispara. No te preocupes por Brenda. La convertirías en viuda de guerra y te lo agradecería bastante. Anda, junior, dispara, dispara.

La que se te armaría si tu padre te viese, bebé; y no me dirás que no tendría razón. (Junior, ¿qué clase de Mulligan eres?) Recuerda que eres hijo del ranchero más poderoso de Kentucky, Johnny, el hijo de John Mulligan sr, abogado. Tranquilamente te escupiría la cara, ¿no Johnny?, y tú dejarías que lo hiciese porque siempre le has tenido miedo (¿qué tal suena, hijo?), no me cabe la menor duda de que ya lo has sentido muchas veces: el día que la feria llegó al pueblo y tú todavía asistías al Milton Bradley High School, y también 2 años después, cuando lo de Robert.

Ahora eres un hombre muerto si no tiras como lo están haciendo los demás (Ralph, Mike, Fred, Tom, todos tiran); pero no Johnny, de todas maneras eres un hombre muerto (hasta Jeff, el que se acuesta con el sargento). Vamos chico, ánimo, como ese día que interceptaste aquel pase y a pesar de que no creías llegar a las diagonales, lo hiciste cuando sólo faltaban unos cuantos minutos para que terminara el partido; el día que conseguiste para tu equipo la victoria sobre los Buffalos, campeones de la liga escolar; el día que te convertiste en héroe (el muchacho más popular, como decían las chicas del colegio); el día que conociste a Brenda cuando, con su uniforme de shearleader, se metió al campo a darte un beso en la mejilla y a restregar sus pechos contra tu costado; el día que tu padre (John Mul-

—Salud, maravillosos niños norteamericanos
llamados a lavar la lepra hereditaria,
irrumpiendo en la sala cuando el padre y la madre miraban
(la TV
con una sana, perfecta puñalada, con un fierrazo en las
(cabezas
donde Kolynos o Goodyear vaciaban sus gusanos de manteca
(podrida.
Saludo a Mervyn Rose, a Sandy Lee, a Roy McCall, a Dick
(pecoso y sucio,
y a Lana Turner junior, capaz de hacer lo que no hará
(la silla eléctrica.
Salud, jóvenes héroes, asesinos de un tiempo proxeneta.

JULIO CORTÁZAR (La vuelta al día en ochenta mundos).

ligan sr, abogado), se te quedó mirando fijamente y te dijo: junior, ahora sí eres un verdadero Mulligan, tienes la casta muchacho. ¿Quién de todos ellos pensaría que tienes la carne de gallina, bebé?

Nadie, Johnny, en verdad eras un gran chico.

Bueno, es decir nadie, con la clara excepción de Robert, porque inclusive lo de Whistle Robinson estaba hasta cierto punto justificado. Pero dime, bebé, ¿qué tanto lo estaba? ¿qué temías en aquella ocasión, que te cortaran? Para ella fue peor, júralo, pero no reparaste en ello, porque tu mirada estaba clavada en el brillo metálico de la navaja de Blondie, el bastardo aquel que pertenecía a la pandilla de Whistle. Por lo demás, estabas oriñándote de miedo hermano; ahora, todo eso te parece un juego pero es porque esa vez tenías la esperanza de que no te hiciesen nada, y ahora sabes que esos fanáticos tiran a matar. Vamos, Johnny, defiéndete, te quieren hacer daño. ¿Ya viste a Murphy? Nunca más volverá a tener miedo, míralo tan quieto, abrazado a su arma, que al fin y al cabo era su única defensa. Anda chico, anímate, fijate en su rostro y observa la paz que refleja. Está como dormido ¿no Johnny? ¿Quién pensaría que tiene un agujero tan grande en el cuello?

Anda Johnny, dispara, ten valor. El mismo que sentiste cuando te advirtieron que Brenda había sido la chica de Whistle. ¿Recuerdas lo que contestaste? Dijiste que qué importaba, que si él era Whistle Robinson, tú eras nada menos que John Mulligan jr, el héroe de Milton Bradley. Seguro muchacho, seguro, tú eras John Mulligan jr y has de haber creído que Whistle estaría silbando de puro miedo cada vez que oía tu nombre. Por eso no te importó hacerte ver con ella en todas partes, hasta en los sitios que él frecuentaba: The B & K Restaurant, Main Street, The Big Boy. Pero todo cambió cuando viste la paliza que le dio a Charlie Cobb, el enclenque hijo del tendero. Qué paliza le dio, ¿no Johnny? ¿Qué fue lo que le dijo Charlie al director del colegio sobre la conducta de Robinson? Lo dejó casi muerto y a ti no te gustaba la idea de que hiciera lo mismo contigo. Creo que empezaste a sospechar que le temías, Johnny, pero algo te decía que Whistle no es de los que se atreven con alguien como el chico estrella del equipo de football.

Tenías razón después de todo, Johnny, Whistle ni siquiera te tocó.

¿Te acuerdas del día de la feria? Esa noche besaste a Brenda por primera vez sobre alguno de los juegos mecánicos. La rueda de la fortuna, ¿no Johnny? Su cuerpo vibraba deliciosamente y tú sentías que reaccionaba a tus caricias ¿Qué más querías, hijo? Te dio la oportunidad de demostrarte que tú también podías hacer sentir amor. Sí Johnny, lo tuviste todo, hasta lo más difícil, lo que sólo se consigue por sí mismo.

Eso muchacho, mírales el rostro, son tus enemigos, que no te dé compasión verlos caer por montones, a pesar de que son más valientes que tú o cualquiera de tus compañeros de la gloriosa Compañía C. Atrévete y dispárales, ni siquiera apuntes, confórmate con hacer ruido. Vamos muchacho, gana tus medallas, anda, regresa hecho un héroe y reconquístala, ¿o no viniste a eso? Dispara bebé, dispara, haz que tus calzoncillos dejen de gritar con mierda que no eres más que un cobarde. Vamos muchacho, tírales, déjalos saber que existes. Maldita sea, ¿por qué sólo serás un maldito gallina?

Ya no tengo dudas, Johnny, mereciste lo de Whistle.

¿Dónde lo viste esa noche de la feria, junior? Fue en la casa de los espejos ¿verdad? Brenda y tú se divertían mirando sus figuras, grotescamente reflejadas en los deformantes espejos. Pero alzaste la vista y supiste que estaba ahí, atrás de ustedes, mirándolos y desapareciendo casi instantáneamente. Brenda nunca supo que tú también lo viste, pero después reconocieron a Blondie y a los demás amigos de Robinson, que siempre actuaron como si no los hubieran visto. Solamente un momento estuvieron inquietos, junior, cuando le atinaste con las tres pelotas al negro y te premiaron con ese bonito teddie bear, que Brenda, orgullosa, no dejaba de apretar contra su pecho con ambos brazos. Sí Johnny, los inquietaste.

Después abandonaron el lugar y la llevaste a ese oscuro y solitario predio al que acostumbrabas llevar a tus conquistas, el solar que está a un lado del camino 29, al otro lado del pueblo. ¿Recuerdas lo que siguió, Johnny? Repentinamente se alumbró el espacio y te enderezaste rápidamente porque supiste que era la policía. No, junior, lástima, no era la patrulla del condado, sólo eran Whistle y su pandilla que se bajaron parsimoniosamente del carro último modelo de Robinson. Whistle, silbando una extraña melodía, se dirigió hacia tu automóvil, despacio y con desenfado, casi sin ganas. ¿Recuerdas el resto, bebé? ¿Quiénes te sujetaban por los brazos?, dime. ¿Quiénes? Contesta, ¿qué hacías cuando comprendiste que Blondie tenía una navaja que estaba dispuesto a usar? ¿Qué hacía Brenda cuando entre gemidos solamente murmuraba tu nombre y se aferraba desesperadamente al cuello de ese gran hijo de mierda? Johnny, Johnny: no importa; de verdad, mírame Johnny: no importa.

Bien, Johnny, ¿vas a disparar o no? Haz al menos que lo haces, bebé, apunta e imagina que jalas el gatillo. Disfraza tu miedo, hijo, es un buen consejo. ¿Puedes imaginar lo que te espera mañana, si descubren que todas tus balas están todavía en la cartuchera? Tendrías que hacer mucho para que tus compañeros dejen de pensar que eres cobarde. Claro que podrías tirarlas, pero eso es traición Johnny, sabotaje premeditado de armamento en tiempos de guerra. ¿Por qué no se las arrojas a ellos? Esos perros no tendrían empacho en matarte si tuviesen la oportunidad. Para ellos no eres más que un salvaje yanqui agresor y no quieren saber nada de tu corrompida sociedad occidental que eso es lo que representas para ellos. Vamos soldado, mátalos, supera tu miedo y deja de mirarlos como idiota.

¿Sabes lo que haría Robert en tu lugar, Johnny? Ya se hubiera lanzado contra ellos, poniéndole el ejemplo a toda la compañía. Pero es que él sí era un hombre y no un estúpido chico de 21 años de edad ¿no Johnny? Algo parecido te dijo Brenda esa noche ¿te acuerdas?, cuando los encontraste en el sofá de la sala que te regaló tu padre (John Mulligan sr, abogado). Qué cara de imbécil pusiste hermano, y lo peor es que nunca lo

hubieras sospechado si no entras esa noche por la cocina y los ves tan tranquilos. Qué besos se daban ¿no bebé? y cómo temblaba ella debajo de él.

La llamaste puta y la abofeteaste; desde luego no se defendió y ni siquiera intentó evitar tu pesada mano. Pero te preguntó que por qué te extrañabas y agregó que lo único que quería era amor, se lo diera quien se lo diera y que tú sólo le podías dar odio, en venganza de que destruyó tu pretendido gran futuro. ¿Qué más te dijo Johnny? Ah sí, te hizo ver que sabía que te habías casado con ella por vergüenza y porque tu padre (John Mulligan sr, abogado), te obligó a ello y también, porque nadie creyó la fantástica historia del solar, como justificación de su embarazo. (¿No te hiciste ver con ella en todas partes Johnny, hasta en los sitios que Whistle frecuentaba?) Finalmente, bebé, casi llorando te dijo que le dabas asco porque ni siquiera tenías valor para matar a golpes a Robert, o aun para callarla.

La hubieras pisoteado en el suelo, muchacho, pero Robert te lanzó hacia la pared con ese recto a la mandíbula y después, llevando a Brenda de la mano, te dio la espalda y se marchó tan campante. Te dejaste caer en el sillón y ahí, liquidado, oíste el ruido del motor del carro de Robert alejándose. Cuando levantaste la cabeza, la viste en el dintel de la puerta, de pie, pálida, buscando tu mirada con sus grandes ojos azules, e inexpresivos que te veían sin arrepentimiento y también sin miedo.

Sin miedo, Johnny, sin miedo.

Vamos muchacho, dispara, dispara. Sólo dispara y mátalos antes de que cierre la puerta del B & K, antes de que entre en su automóvil y se largue sin sospechar que estuviste a punto de matarlo, antes de que llores como un niño al regresar a casa porque hasta para dar muerte a un negro fuiste cobarde. Anda Johnny, dale gusto al arma, déjala vomitar fuego ¿eh, muchacho?, mata a todos esos rojos, tírale al negro como en la feria bebé, gana tu teddie bear, llévale la Cruz a Brenda, reconquistala. Mira ahí, agazapado en aquel matorral está uno de esos bastardos Johnny, apúntale directamente a la cabeza, o mejor aún, al cuello, donde le pegaron a tu amigo Murphy, Johnny, hazlo con calma, chico, con mucha calma, asegúralo. Estuvo bien soldado, pero no lo has matado todavía, ¿por qué no lo intentas otra vez? No Johnny, se te va, vacíale la carga, así chico, remátalo. Bien hecho, Johnny, yo sabía bien que tú eres un verdadero Mulligan. Puedes contar con tu ascenso en la bolsa y hasta con la Cruz, ¿por qué no?

Seguro, bebé, la Cruz; ese apestoso negro te costó mucho trabajo. ¿O no, Johnny?

